

EL ENANO SALTARÍN

Bailando sin logos

U nos investigadores ingleses se han dedicado a estudiar eso que llamamos *fantasía* de la infancia. Y han descubierto un territorio inabarcable, poblado de imaginarios compañeros, personajes ficticios, espacios fantásticos, situaciones imposibles y relaciones soñadas. Son universos íntimos que los niños no suelen compartir con nadie y que, para ellos, tienen entidad

real, verosimilitud absoluta y conviven apaciblemente con *el otro* cosmos. A ese mundo irrealmente real le llaman, los investigadores, *paracosmos*. Los niños casan

sin problema ese mundo significativo imaginario con el que, para nosotros, es el mundo real: el único existente. Las funciones psicológicas de esa fabulación son, para los pequeños, muy útiles; tanto se aplican a escapar de situaciones sociofamiliares difíciles, a superar ciertos momentos conflictivos, como sirven para poner un toque de orden al caos exterior, tal como es percibido por la infancia. También, en algunos casos, se trata de una aventura mental que encuentra

en ella misma, en los productos de su fabulación, satisfacción y armonía. Hasta el extremo que subsiste, larvadamente, cuando ya el niño ha crecido devorado por el adulto.

Salta a la vista la similitud de tales paracosmos, esos mundos privados imaginarios, con algunos de los placeres que la lectura puede proporcionarnos; y, más en general, con la misma función humanizadora de la literatura: compañía, voces y amigos para aliviar la soledad y abrirnos a todos los mundos existentes, además del real. La diferencia reside, posiblemente, en que esos intramundos imaginarios no se comparten, mientras que la literatura es palabra que nace para llegar al otro. Había una vez un señor con unos bigotes muy grandes, Nietzsche, que soñaba con hacer bailar el pensamiento con las palabras, danzar con ellas hasta vencer, por mareo, al logos. Algunos niños lo hacen en silencio, construyendo su minúsculo cosmos reservado y secreto. Quizá, cuando crezcan, sabrán contar a alguien la exacta textura de esos sueños. Entonces los convertirán en literatura, palabras en busca de un corazón.



MARINA SEOANE.

El Enano Saltarín.